

HOMBRES E IDEAS

## I

### El alma de Guillermo II.

Guillermo II es la figura central de la guerra que en estos momentos asola á Europa y conmueve las bases del mundo. Nadie le disputa este privilegio y nadie con más derecho para disfrutarlo. No hay duda: en su alma se esconde el secreto ó una parte del secreto de esta gran guerra. Penetrar en su conciencia es comprender con más claridad esta inmensa tragedia. ¿Qué relación hay entre ella y el alma de Guillermo II?

Por fortuna, el Emperador alemán ha sido bastante generoso para regalarnos los más íntimos secretos de su alma en una abundante serie de discursos y cartas. De todos los monarcas contemporáneos, es seguramente el que más ha hablado y escrito. Ya este hecho es un precioso dato psicológico; revela su naturaleza afirmativa. Un hombre indiferente á la reputación y á la posteridad, rara vez es comunicativo. Guillermo II se reveló desde

muy joven como un hombre afirmativo. Una biografía suya pretende que ya su primer vagido, al nacer, el 27 de Enero de 1859, causó gran asombro á su abuelo. "Era un vagido agudo, extraño, no de dolor, sino de afirmación personal. —Aquí estoy— parecía decir, y el regente se estremeció de júbilo al mismo tiempo que sus ojos se humedecían de emoción."

Guillermo II es bastante inteligente para saber que el accidente de haber nacido rey no contribuye á la inmortalidad personal más que el hecho de haber nacido rubio ó jorobado. Claro es que cualquier rey ó emperador deja su nombre en la historia; pero ¡cuántos nombres hay en ella que nada dicen, que nada representan, como no sea un accidente de nacimiento! El emperador alemán aspira á quedar en la historia, no por ser un Hohenzollern, sino por sus propias obras. No de otra suerte se explica lo que podríamos llamar su fiebre enciclopédica, su afán de sobresalir como militar, marino, deportista, músico, pintor, dibujante, escritor, ingeniero, arquitecto, erudito, estadista, cantante, etc. Al resto de los mortales nos está vedado este enciclopedismo, en primer término, porque de ordinario tenemos que concretarnos en una única actividad para poder ganarnos la vida, y en segundo término, porque el espíritu crítico del mundo circundante rara vez deja florecer tanta frondosidad espiritual. Guillermo II, al contrario, no ha tenido necesidad de especializarse para vivir, y los hombres que le han rodeado es probable que pecaran más de exceso de benevolencia que de severidad crítica. De ahí su carencia de sentido autocrítico. Así se explica que en una

reunión de músicos se atreva á hablar de música y hasta censurarles sus tendencias. Así se explica que una vez enviara al pintor Lembach un esperpento pictórico que aspiraba á representar una batalla naval, con la pretensión de que lo expusiera entre sus cuadros; Lembach, con escasa reverencia para la augusta firma de Wilhelm, lo colgó en un cuarto de su casa, en el sitio menos visible, encima de una ventana, y allí está aún hoy, en Munich, como precioso dato psicológico de Guillermo II.

Esta afirmatividad y la ausencia de todo espíritu autocrítico han moldeado su concepción del mundo. Conocida es la base psicológica del sentimiento religioso. El miedo á morir y la convicción de que nuestra conciencia es demasiado grandiosa para morir, dan origen á la creencia en la inmortalidad y en la divinidad. Nada más natural que un hombre como Guillermo II sea profundamente religioso. Su anhelo de perpetuidad tenía que asentarse en la idea de Dios. La raíz y la forma de su religiosidad son manifestaciones especiales de su psicología. Si Guillermo II no hubiera sido un monarca, probablemente hubiera sido un místico, acaso el fundador de una nueva religión. Desde luego no se hubiera resignado á ser un modesto creyente que acepta sus dogmas religiosos por autoridad eclesiástica. Un hombre como él no hubiera podido admitir ningún intermediario entre su alma y la divinidad. Como monarca, aunque entre sus múltiples cualidades no figura la de fundador de religiones, tampoco ha querido, sin embargo, que su religiosidad sea de segunda mano. De haber nacido en la Edad Media y haber sido un heredero del Santo

Imperio Romano, no hay duda que el Sumo Pontífice hubiera actuado de intermediario para conducir á su espíritu la gracia divina. Extinto el Santo Imperio Romano y siendo Guillermo II de confesión luterana, ha preferido entenderse directamente con la divinidad. Numerosos son los discursos suyos en que afirma su origen divino y la creencia de que sólo es responsable ante Dios. He aquí algunos pasajes de sus discursos: "El rey recibe su poder por la gracia de Dios, al cual es únicamente responsable." "Como yo me considero instrumento del Señor, me es indiferente lo que piense la época actual." "Mi abuelo creía que las funciones del rey estaban encomendadas á él por Dios, tarea á la cual tenía el deber de dedicar su energía hasta el último momento de su vida. Lo que él creía, lo creo yo también." "Dos fueron las circunstancias que permitieron á mis antepasados y á mi Casa realizar su misión en la forma que lo hicieron. La circunstancia principal fué el hecho de que, por encima de todos los demás príncipes y en una edad en que tales ideas y sentimientos eran quizá poco comunes, sintieron y afirmaron su creencia de que eran personalmente responsables al Señor de los cielos. La segunda circunstancia fué que les apoyaba el pueblo de Brandeburgo."

El recuerdo de sus antepasados ha ejercido una gran influencia sobre Guillermo II. "Acaso — dice en uno de sus discursos— pueda yo cumplir aquella parte del sueño del Gran Elector, que, debido á las luchas subsiguientes que encontramos en el curso de nuestro desenvolvimiento, había quedado en suspenso. Me refiero al camino sobre el mar." La

existencia de la Marina alemana moderna descansa en este sueño del Gran Elector, como la organización del Ejército alemán moderno ha sido como una continuación del programa militar de Federico el Grande. Guillermo II lleva el alma llena de sombras del pasado. No son para él sólo una inspiración, sino voces recordatorias de su gran misión en la historia.

Estas dos fuerzas, su vinculación espiritual con sus ascendientes y la creencia en su origen divino, en que es, como dice en alguna parte, "vicerregente de Dios en la tierra", da la clave de su política nacional é internacional. Habiendo recibido de Dios su mandato, nada más lógico que se considere por encima de todas las instituciones sociales. Hablando de la Iglesia, él se declara *summus episcopus*; los parlamentos le parecen una usurpación del poder divino. Sólo el ejército, como brazo de su voluntad soberana, merece sus respetos. "Es el soldado —dice—, y no las mayorías y votos parlamentarios, el que ha dado unidad al Imperio alemán. Mi confianza descansa en el ejército." A su juicio, todo soldado es una criatura superior. "Usáis —dice á sus reclutas— el uniforme del emperador, con lo cual se os ha dado una preferencia sobre los demás hombres." Pero que no se olvide el ejército mismo de la lealtad que le debe. "El soldado —exclama— no debe tener voluntad propia; sólo debe tener una voluntad, y ésa es la mía." Que nadie dude por un momento de su soberanía: "Sólo hay un amo en este país: yo lo soy y no toleraré otro." "Sólo hay una ley: mi ley, la ley que yo mismo establezco." ¿Quién siente vacilar su fe monárquica? "¡Vergüen-

za para el hombre que abandona á su rey!" Su actitud ante los socialistas es inequívoca: "Hay que aplastar á aquel partido que se atreve á atacar los fundamentos del Estado, que se rebela contra la religión y que ni siquiera perdona la persona del soberano." Él está por encima de los partidos y de las clases. Sensible á los sufrimientos de la clase obrera, él ha querido remediarlos, paternalmente, como un buen patriarca que se da cuenta, más que de la injusticia de que existan, de la debilidad que implica para la tribu que en ella haya miembros mal comidos y mal educados. En varias ocasiones ha intentado resolver la cuestión obrera con unas cuantas recetas de benévolo despotismo, más ó menos ilustrado.

Pero es inútil buscar el fin del Estado dentro del Estado mismo, en el conflicto de unas clases con otras, de unos principios de gobierno con otros. El fin del Estado está fuera de él, en la amplia pista del mundo. El fin del Estado es el Imperio, un gran dominio sobre la tierra. Guillermo II no se hace ilusiones sobre un Imperio universal como el soñado por Alejandro Magno ó por Napoleón. Sabe que esto es una imposibilidad. Sin embargo, un gran Imperio, aunque no universal, no sólo es una posibilidad, sino un deber. A ello le impulsa el mandato de los grandes Hohenzollern y se consideraría un traidor á su memoria si no lo hubiera intentado. Y este deber no sólo tiene una justificación en el pasado, en la voluntad de los muertos, sino en el presente, en la grandeza de la Alemania actual. Aquí nos encontramos con una nueva fuerza gravitando sobre el alma de Guillermo II.

Durante veinte ó treinta años ha florecido en Alemania una frondosa literatura, decidida á probar que todo lo que ha habido de grande en la historia ha sido alemán, y que todo lo que haya de haber de grande tendrá que ser alemán. Se han escrito libros para demostrar que Cristo fué de raza germana y que alemanes fueron los hombres más eminentes del Renacimiento. Alemania ha sido, es y será el pueblo más grande de la historia. Esta proposición, que satura toda la vida alemana, desde el hogar y la escuela elemental, hasta la universidad y los parlamentos, ha determinado una curiosa actitud de los alemanes ante el mundo: unos, viéndose tan superiores, han considerado como un derecho indiscutible disfrutar en la tierra de un poderío por lo menos igual al de otros pueblos infinitamente inferiores al alemán: ¿cómo tolerar, por ejemplo, que los insignificantes belgas posean casi más colonias que los supremos alemanes?; otros han creído que es un deber educar al mundo, transmitir al resto de los pueblos inferiores la grandeza de que Dios dotó al alemán.

El problema de precisar hasta qué punto Guillermo II ha contribuído al florecimiento de estas ideas, y hasta qué punto es él un producto de ellas, no puede detenernos en este momento. Baste consignar que entre él y los panegiristas de Alemania se da una palmaria coincidencia. La convicción de su propia grandeza, como individuo y como miembro de los Hohenzollern, la ha ido haciendo extensiva á todo el pueblo alemán. Véanse estas palabras suyas: "Si el pueblo alemán entra en el mundo lleno de confianza en Dios, podrá realizar la gran

obra de civilización que la Providencia le ha reservado." "Todavía vale algo un ideal para los alemanes, en tanto que los otros pueblos han abandonado más ó menos sus ideales. Sólo queda la nación alemana para defender y sobre todo para cultivar las grandes concepciones." "Nuestro pueblo alemán será la roca de granito sobre la cual el Dios Todopoderoso completará su edificio de civilizar al mundo." "Nosotros somos la sal de la tierra y debemos mostrarnos dignos de nuestro gran destino."

Ahora bien; ¿por qué procedimientos ha creído Guillermo II deber realizar esta empresa de civilización? Sus declaraciones de paz son frecuentes y terminantes. Hé aquí algunas: "Estoy determinado á mantener la paz en todo el mundo, siempre que de mí dependa." "El ejército alemán es el soporte principal de la paz europea." "El Imperio alemán, lejos de ser un peligro para los demás Estados, será respetado y confiado por las naciones y seguirá siendo como hasta ahora un puntal de la paz." "Sólo el ejército y el emperador á la cabeza pueden asegurar el Imperio y la paz del mundo." "El poderoso ejército alemán garantiza la paz de Europa." Y haciendo suyas estas inmensas palabras de Goethe: "Limitados por fuera; sin límites por dentro." Sin embargo, en otra parte habla de la fatalidad de la guerra, de su carácter de inevitable. En una ocasión, refiriéndose á la marina alemana, dice que "todavía es pequeña comparada con la de nuestros enemigos exteriores". En otro lugar aconseja tener "la pólvora seca y la espada afilada". "Yo considero como sagrada la paz del pueblo ale-

mán; pero es deber nuestro reconocer, por los signos de los tiempos, que debemos prepararnos para defendernos de una agresión." Conocidas son sus frases de "un puesto al sol" y "del puño con guante de hierro".

En último término: ¿cuál ha sido en el alma inquieta de Guillermo II el mayor amor, el de la paz ó el de la guerra? El emperador alemán, como reconocen sus mismos panegiristas, el profesor Lamprecht entre ellos, es un impulsivo, ó sea un hombre que piensa y obra contradictoriamente, según las necesidades del momento. Impulsividad significa debilidad nerviosa, femineidad. Sus biógrafos nos dicen que es un buen hombre doméstico, de gustos y placeres sencillos. No hay reparo en admitir, en circunstancias normales, sus tendencias pacíficas. Pero siendo estas tendencias un producto sentimental y no firmemente racional, no ha de sorprendernos si de pronto se nos aparece como un alma guerrera, sedienta de sangre y exterminio. Como todos los sentimentales, la contradicción es su norma. Á despecho de sus discursos pacifistas, neutralizando y superando sus sentimientos naturales, es probable que el recuerdo de sus antepasados y la nueva filosofía histórica alemana, proclamada por los Chamberlain, por los Treitschke y los Bernhardi, hayan gravitado preponderantemente en su alma indecisa. Otra fuerza, además de las indicadas, debe mencionarse. Guillermo II es un romántico y su existencia coincide con un nuevo romanticismo alemán. Tomamos esta palabra en su significado clásico, como reacción contra la razón, la crítica, la experiencia. Su romanticismo no es,

sin embargo, filosófico ó artístico, aunque éste haya podido influir sobre él, sino práctico, actuante. Guillermo II es un romántico de la acción. El romántico del pensamiento traspasa todos los límites legítimos de la experiencia, como el romántico del arte todos los límites legítimos de la sensibilidad. Los últimos movimientos pictóricos, cubismo, futurismo, expresionismo, no son sino reacciones románticas. El romántico de la acción es un hombre que no reconoce límites en la realidad circundante. Este romanticismo ó falta de sentido crítico de Guillermo II se hace patente en la concepción que él tenía de la realidad circundante como poder limitado. La confianza en su ejército era ilimitada. En cambio, qué desdén el suyo por el ruso, por el francés y, sobre todo, por el inglés. No sabemos hasta qué punto el alma de Guillermo II ha sido determinante de esta guerra; pero no hay duda que una de sus fuerzas ideales ha sido su romanticismo práctico, su fe en la ilimitación de su poderío, su desconocimiento de los verdaderos límites de la realidad enemiga. Afirmatividad, impulsividad, romanticismo, atavismo, megalomanía: he ahí algunas de las características del alma movediza de Guillermo II.

## II

### La impulsividad de Guillermo II.

A manos de un periódico inglés, *The Times*, llegó la extraordinaria orden dada por el Kaiser alemán á su Ejército el 19 de Agosto. He aquí su parte más interesante:

“Es mi mandato real é imperial que concentréis vuestras energías por el momento en una única finalidad, y es que dirijáis toda vuestra destreza y todo el valor de mis soldados á exterminar primero á los traidores ingleses y á pasar por encima del despreciable pequeño Ejército del general French.”

Interpretadas psicológicamente estas palabras del Kaiser, no significan que el Ejército británico fuera despreciable por pequeño, sino por voluntario. Ningún alemán puede comprender la existencia de un Ejército voluntariamente formado y dirigido por una disciplina interna, espiritual, en vez

de esa exterior é irreflexiva que hace del soldado un autómeta. Posteriormente á esas palabras del Kaiser, el Estado Mayor alemán se ha visto obligado á reconocer las excelentes cualidades militares de los soldados ingleses: su sangre fría en la retirada y su mortífera puntería en la defensa y el ataque. Es muy probable que el Ejército británico haya ocasionado proporcionalmente más bajas alemanas que ningún otro Ejército, debido á su estupenda calma y al habilísimo manejo del fusil.

Sin embargo, en la orden del Kaiser no es el aspecto militar el que más nos interesa, sino el psicológico. Cuanto más podamos profundizar en la psicología del emperador alemán y de sus consejeros, tanto mejor podremos comprender el origen de la guerra y los inmensos daños que supondría el triunfo, cada día más improbable, de Alemania. Esa orden nos revela la característica más íntima y más peligrosa del Kaiser: su impulsividad. Siempre son temibles los hombres impulsivos. En ellos la fuerza regulativa es el sentimiento, lo eternamente cambiante del espíritu humano. La razón, la única facultad que puede darnos un ordenado sistema de normas, está supeditada en los impulsivos al sentimiento.

De ahí que su conducta sea constantemente contradictoria; que deshagan hoy lo que hicieron ayer; que desdigan mañana lo que dijeron hoy; que incurran en actos de felonía después de haber dado pruebas de santidad. Un impulsivo es siempre un hombre de cuidado en todas las esferas de la vida; pero en las cumbres del poder político es un terrible peligro para la sociedad entera. Para determi-

nar el triunfo político de un hombre hasta ahora ha solido bastar su brillantez oratoria y, á lo sumo, su limpieza moral; en lo sucesivo, junto á estas cualidades, los pueblos, antes de otorgar su confianza á un hombre, pedirán, cada vez con más frecuencia, el don de la serenidad, de la reflexión permanente.

Guillermo II es un impulsivo. No lo decimos sólo nosotros, sino uno de sus más fervorosos panegiristas, el profesor de historia en Leipzig, Lamprecht, en su libro *Der Kaiser*.

"El Kaiser —dice— no sólo asimila muy rápidamente, sino que hace esto, como casi todas las naturalezas asociativas ricamente dotadas, con fuerte emoción: es *impulsivo*". Según Lamprecht, esa impulsividad se ha agudizado con los años, en vez de moderarse, al ver justificados por la experiencia sus accesos emocionantes anteriores. Esta explicación puede satisfacer á un biógrafo animado por un ostensible espíritu de cortesanía; pero dista mucho de ser tranquilizadora para el resto del mundo. En el mismo libro dice Lamprecht:

"Es corriente la opinión de que en situaciones muy críticas, en caso de guerra, por ejemplo, el Kaiser no conservaría la necesaria calma para mantenerse sobre las cosas y no dentro de ellas. Gentes que conocen al Kaiser aseguran exactamente lo contrario."

Este libro fué escrito el 1913. La orden dada por el Kaiser el 19 de Agosto confirma lo que Lamprecht dice de su impulsividad y desmiente lo que aseguraban las gentes que pretenden conocerle. Guillermo II no puede mantenerse sobre las cosas. Es posible hasta comprender que la ineludible in-

tervención de Inglaterra encendiese en su pecho la cólera y el encono; pero es inexcusable que estos sentimientos, productos de erróneos cálculos sobre la dignidad ajena, tomaran expresión tan baja, tan incompatible con la jerarquía de un soberano. Lamprecht elogia en varias páginas de su libro el culto del Kaiser por la forma y cita con admiración el ejemplo de una larga fiesta religiosa al aire libre, durante la cual Guillermo II no sólo no quiso apoyarse en un árbol que distaba de él nada más que unos centímetros, sino que ni siquiera cambió una sola vez la postura de las piernas. Todo, por su amor á la forma. ¿Qué diría el historiador de Leipzig al leer esta orden tan poco respetuosa para el "despreciable pequeño Ejército del general French"? (1).

He aquí una característica común á casi todos los gobernantes alemanes: la impulsividad, la falta de dominio de sí mismos. Impulsivo es el Kaiser; impulsivo, su hijo, el príncipe heredero; impulsivo, el canciller Bethmann Hollweg, como lo prueba el relato de la última entrevista que tuvo con él el embajador inglés en Berlín; impulsivos, casi todos sus embajadores; recuérdese á aquél que representaba á Alemania en Londres en 1911, cuando el incidente de Agadir, y al cual tuvo que despedir por su intemperancia Edward Grey de su despacho, y recuérdese al que ejercía sus funciones en Viena y cuyo odio á Rusia influyó considerablemente en la precipitación de la guerra; impulsivos sus genera-

---

(1) Karl Lamprecht murió mientras se componía este libro.

les, como lo demuestran sus innecesarios atropellos en Bélgica y Francia. Históricamente, Alemania aparece de modo irrefutable como la originadora principal de la guerra. Psicológicamente vemos ahora que por fuerza tenía que ser así.

### III

#### La sombra de Atila.

Hay un punto cerca de Chalons, en los llanos Cataláunicos, que ha debido llenar de sombras el alma de Guillermo II á tiempo que sus huestes, después de haber llegado á las puertas de París, huían en desorden, perseguidas por el ejército franco-británico. Llámase ese punto el Campo de Atila. Aquí concentró sus fuerzas el terrible rey de los hunos, perseguido por Teodorico y Aecio, y es probable que ahí hubiera sucumbido, en vez de quedar temporalmente deshecho, si el hijo de Teodorico le hubiera atacado en su refugio, en lugar de retirarse intempestivamente á recoger la corona de su padre, muerto en el campo de batalla.

Guillermo II es un hombre que sabe algo de Historia. No sabe, seguramente, cuáles son las fuerzas profundas y eternas que engendran y aniquilan á las sociedades humanas; pero algo ha

aprendido de las vidas y hazañas de los grandes capitanes, y la memoria de ellos ha sido, probablemente, la fuerza dinámica más intensa de su vida. De todos ellos, acaso Atila es el que más le ha obsesionado, en cierto modo por afinidades raciales, y, en parte, por ser las conquistas de Atila análogas á las soñadas por Guillermo II. Ambos se creían destinados por Dios á reinar sobre el mundo, y ambos emprendieron por idénticos ó cercanos caminos el cumplimiento de esta elevada misión. El parentesco ideal de Guillermo II por Atila se revela en las siguientes formidables palabras con que despidió en 1900 á los soldados alemanes que iban á China: "Cuando encontréis al enemigo, le venceréis. No le daréis cuartel, no cogeréis prisioneros. Haced lo que os plazca de los que caigan en vuestras manos. Del mismo modo que los hunos, hace más de mil años, capitaneados por Etzel (Atila), ganaron la reputación que les hace aún vivir en la tradición histórica, así pueda el nombre de Alemania darse á conocer en China, de tal suerte que ningún chino ose de nuevo mirar con desdén á un alemán."

La historia se repite. Los hunos llegaron á Orleans y tuvieron que retroceder hasta el Campo de Atila. Los alemanes llegaron á las fortificaciones de París y han tenido que huir más allá del Campo de Atila, precisamente á través de él. Si el emperador germano fuera, como el rey de los hunos, un capitán verdadero y dirigiese sus ejércitos sin separarse de ellos, en vez de seguirlos á una prudentísima distancia espectacular, Guillermo II hubiera tenido quizás que cruzar por los Campos Ca-

taláunicos, de triste memoria, y la sombra de Atila le hubiera saludado irónicamente al paso. Pero el émulo del rey de los hunos — émulo en la ambición que domina su espíritu y émulo en las crueldades que consiente á su soldadesca — estaba precavidamente en Metz, y así no pudo la sombra de Atila saludar burlescamente á su compañero de fuga y de sueños desmedidos.

Sin embargo, es posible que el recuerdo de Atila y de su campo, al Norte de Chalons, ensombreciese el alma de Guillermo II, en su refugio de Metz, mientras sus soldados corrían empavorecidos delante de los galos y los anglos. Por otra parte, acaso el recuerdo de ese lugar le diera bríos en su flaqueza, inspirándole el consuelo de que en la guerra no todas han de ser victorias, y que aun un guerrero de la talla de Atila tuvo que pactar alguna vez con el infortunio, como ahí, en las llanuras Cataláunicas, pero que el triunfo final será suyo.

No es ciertamente tarea tan fácil hacer perder la confianza en sí mismo á un hombre del temple psicológico de Guillermo II, y menos aún desengañarle de eso de su misión providencial. Sólo una gran catástrofe podrá desinflar su espíritu y reducirle á sus verdaderas proporciones humanas. Pero si los alemanes logran trasponer la frontera alemana vencidos, pero no rendidos, Guillermo II no se decidirá á echar todavía por la borda al Atila que lleva dentro. Sin embargo, no parece probable que opte tampoco por una guerra defensiva de larga duración contra enemigos que poseen recursos ilimitados de hombres y materiales de lucha y que, en último término, habrían de rendirle si antes no aca-

baba con todo una revolución de sus súbditos hambrientos é irritados por el desengaño. Todo induce á creer que el emperador alemán, viendo fracasados sus planes de conquista, querrá concertar cuanto antes la paz, para poder prepararse de nuevo é insistir dentro de algunos años en la realización de sus sueños.

Claro es que los aliados no serán tan estúpidos que no vean en una paz así un arreglo transitorio, una pausa para que Alemania se reponga y redoble dentro de algún tiempo el ataque. Por lo tanto, si Alemania quiere en breve la paz, no le será otorgada sino en condiciones tales que no pueda constituir nunca más un peligro para la paz del mundo, y si Alemania no acepta estas condiciones, la guerra continuará hasta que se las imponga la fuerza. Las circunstancias no son, pues, para que Guillermo II se crea todavía un Atila. Un hombre menos visionario y megalómano que él tendría ya suficientes motivos para temer que su Imperio, lejos de alcanzar las fronteras del de Atila, pase á manos de sus hijos mucho más reducido de lo que él lo recibió, y para temer, sobre todo, que su fin no sea el idílico de Atila, muerto en brazos de una hermosa doncella goda la misma noche de sus nupcias. Atila no tuvo la desgracia, como Napoleón y como el mismo Guillermo II, de que en su tiempo hubiese un Imperio británico. Acaso por eso se libró de una Santa Helena.

## IV

### El recuerdo de Bismarck.

Nació Bismarck el 1.º de Abril de 1815 y murió el 30 de Julio de 1898. El centenario de su nacimiento coincide con circunstancias profundamente críticas para la obra de su vida. La Alemania que él creó está empeñada ahora en una lucha de vida ó muerte. Con qué amargura le recordará la inmensa mayoría del pueblo alemán, que nunca creyó en las glorias prometidas por Bismarck hasta que las vió realizadas. Cuando estaba allí el hombre para dar cima á una vasta política de engrandecimiento nacional, el pueblo se opuso tenazmente á ella; ahora, que falta el hombre, el pueblo se ha entregado con loco frenesí á la más vasta, á la imposible política de construir á culatazos un Imperio mundial. He ahí una de las más hondas tragedias que registra la historia.

De haber vivido y gobernado Bismarck, los ale-